

Declaración final del Encuentro Internacional de Latinoamericanistas "América Latina a fines del Siglo XX"

Emitida por los participantes en el encuentro Internacional de Latinoamericanistas "América Latina a Fines del Siglo XX", celebrado en México los días 5, 6 y 7 de septiembre de 1990.

Al entrar en la década de los noventa y acercarnos, por lo mismo, al tercer milenio de nuestra era, pareciera que la moda intelectual exige celebrar, alborozadamente, tanto el fracaso del socialismo como el resonante triunfo del capitalismo.

Sin embargo, este ritual omite ciertas evidencias, quizás "Periféricas" para la mentalidad metropolitana, peor que no dejan de tener importancia para quienes las sufrimos. Para comenzar, recordemos que lo que hasta ahora ha fracasado en América Latina, como fórmula de bienestar y desarrollo, después de cinco siglos de "occidentalización", es el capitalismo. Además, nuestra región atraviesa por la más profunda y prolongada crisis de su historia contemporánea, agobiada por la carga de una deuda externa que todos reconocen como imposible por la carga de una deuda externa que todos reconocen como imposible de pagar, pero cuyo cumplimiento se nos exige de manera implacable. Cerca de noventa millones de latinoamericanos viven en condiciones de indigencia absoluta y doscientos millones más en estado de pobreza, mientras el resto de la población se pauperiza diariamente, salvo un puñado de privilegiados; la atención a la vivienda, la salud y la educación empeoran, comprometiendo de este modo no sólo el presente sino también el porvenir de

la región. En fin, nos hallamos en un momento de zozobra histórica en el que lo único cierto pareciera ser que las jóvenes generaciones de hoy vivirán en condiciones inferiores a las de sus padres. Es el famoso "decenio perdido" para los pueblos de América Latina, aunque no, por cierto, para las oligarquías locales, ni para la potencia que ejerce la hegemonía regional.

Es verdad, no obstante, que la década de los ochenta ha sido en general positiva para Latinoamérica en el plano político, ya que ha estado signada por el ocaso de las dictaduras y por su reemplazo por regímenes democráticos de variado tipo. Pero no hay que olvidar que esta transición ha costado doscientos cincuenta mil vidas humanas, cuya mayor cuota ha sido pagada por los pueblos centroamericanos. Además, si bien es cierto que estas democracias han abierto importantes espacios de libertad, no lo es menos que ha sido incapaces de elaborar un modelo alternativo de desarrollo económico y social. Con independencia de la filiación partidaria de cada gobierno, las pautas neoliberales parecen imponerse en América Latina como una fatalidad: por doquier el mismo tipo de privatizaciones del patrimonio estatal, idénticos recortes de los gastos sociales, similares medidas de austeridad para el pueblo, parangonables remesas de excedente económico hacia el exterior. ¡Demasiadas coincidencias como para no sospechar que se trata de un modelo impuesto desde el exterior!

En todo caso, nuestros flamantes regímenes democráticos no han conseguido promover, hasta ahora, el desarrollo económico de sus respectivos países; esas leyes del mercado de las que tanto se habla, y que son presentadas como el taumaturgo moderno de la felicidad, parecieran haberse convertido en América Latina en máquinas trituradoras de todo bienestar.



No obstante, las promesas de una próspera economía de mercado continúan y en aras de su advenimiento se reconcentra cada vez más la riqueza, a la par que el campo de los marginados y neomarginados se amplía, acentuando nuestra heterogeneidad estructural. Al mismo tiempo, hay instancias gubernamentales que renuncian a los más elementales atributos de la nación, con el fin de atraer supuestos torrentes de capital extranjero que nunca llegan, pese a haberse realizado todos los "reajustes estructurales" exigidos a nuestras economías.

De este modo, la democracia política no sólo sigue divorciada del desarrollo económico, sino que también se separa, ostensiblemente, de la justicia social. Y, lo que es más inquietante, va perdiendo la base última en que toda democracia debería sustentarse: la soberanía nacional.

Es imprescindible profundizar los procesos democráticos y crear una cultura política que modifique las pautas actuales del poder y dé cabida plena a la participación y a los intereses reales de los pueblos latinoamericanos, para que así la democracia no se agote en los marcos electorales.

Los problemas arriba mencionados se agravan en la medida en que el mundo atraviesa por una situación nueva y compleja, de la cual Estados Unidos emerge como la única superpotencia político-militar, decidida a hacer el factor omnímodo de una etapa histórica en la que la confrontación mundial ya no gira más en torno del eje este-oeste, sino del eje norte-sur.

Las consecuencias de estos bruscos cambios en la correlación internacional de fuerzas las hemos sentido ya los latinoamericanos en carne propia, con la brutal invasión y ocupación prolongada de Panamá; con la reversión, empujada desde Estados Unidos, del proceso nicaragüense; con la intervención en varios países, su pretexto de combatir el narcotráfico, violando las soberanías nacionales; y, entre otros preocupantes ejemplos, con el constante hostigamiento al pueblo y la gobierno cubanos, por medio del bloqueo, la presión militar y la imposición de la llamada televisión Martí.

Sin pronunciarnos sobre la necesidad de reformas en Cuba, asunto que en última instancia compete a los propios cubanos y a nadie más, conviene dejar en claro que cualquier cambio producido en ese país por injerencia extranjera no ampliará en forma alguna la democracia latinoamericana, sino que servirá para extender el área de la dominación imperial a todo el continente.

Única superpotencia en el plano político-militar, Estados Unidos no es, sin embargo, el país más pujante en el orden económico. Son conocidos sus problemas financieros, su alto nivel de endeudamiento, su pérdida de competitividad frente a economías como alemana o japonesa, etc. Pero esto, en lugar de

constituir un elemento que vuelva más flexible su política hacia América Latina, tiene visos de actuar en sentido contrario: Estados Unidos necesita como nunca la renta imperial obtenida en nuestra región, sea por la vía del cobro compulsivo de la deuda, sea por el mecanismo del intercambio desigual, sea mediante la obtención de superganancias de otro tipo. Y para ello le urge imponernos la lógica del bilateralismo, oponiéndose a cualquier tipo de negociación con una Latinoamérica unida.

Nuestras naciones, en cambio requieren de manera apremiante buscar esta unidad, no únicamente para negociar en pie de igualdad con el vecino del Norte sino, lo que es de mayor alcance aún, para insertarse con cierto peso en un contexto mundial caracterizado por la conformación de grandes bloques económico-políticos. Bien sabemos que la construcción de dicha unidad no es fácil, en parte por la oposición de esas fuerzas foráneas interesadas en mantenernos divididos, pero en buena medida también por nuestros propios egoísmos y miopías, vale decir, por la ingenua ilusión de querer salvarse aisladamente del naufragio, en un mundo cuyas cartas de navegación nos son cada vez más desconocidas.

La década de los ochenta fue, para el pensamiento crítico latinoamericano, un periodo de relativa enclaustramiento. Pocos estudios que representen visiones globalizantes, totalizadoras de América Latina, fueron publicados.

Hubo mucha recopilación de datos, gran acopio de información y rigor en su presentación, pero escasa reflexión sobre nuestra ubicación en el mundo y sobre los cambios que en él venían ocurriendo. Nuestra región se sumía en la crisis, en el marasmo, perdiendo peso universal, mas no éramos capaces, como científicos sociales al menos, de tomar conciencia de ello ni de recomponer los nuevos perfiles de nuestra fugitiva identidad y de una cultura asediada por los retos de la llamada "postmodernidad".

Hoy, la necesidad de recuperar el tiempo perdido parece evidente. El intelectual tiene un compromiso con su tiempo histórico, y esto exige redefinir conceptos.

La problemática cultural, el carácter diverso de los sujetos políticos emergente, como el feminismo, el movimiento ecológico, los movimientos populares e indígenas, nos deben llevar a replantear lo político.

Es nuestra obligación analizar los movimientos profundos de la historia, contribuir al descubrimiento de nuestras señas de identidad política, ideológica y cultural y participar en la elaboración de un renovado y propio proyecto histórico que haga real la utopía posible y que nos permita convertirnos en protagonistas activos del desarrollo de la humanidad. Sólo así podremos salir airosos de la encrucijada actual.